

Corría 1899 cuando en un Santiago aún decimonónico y provinciano llegó al mundo Clotario Leopoldo Blest Riffo. Su padre (Ricardo Blest) era medio hermano de Alberto Blest Gana, el mismo que, entre otras cosas, fue embajador de Chile en Francia y autor de la primera gran novela chilensis "Martín Rivas" (1882) y de Guillermo, reconocido representante del romanticismo literario nacional.

El padre de ellos (un médico irlandés avecindado en nuestras tierras) y abuelo del sindicalista –si bien les dio su apellido a todos sus hijos (incluido el padre de Clotario, que nació de una relación extramarital)– no le dio el mismo trato a su familia ilegítima, ¡ni mucho menos!

Al contrario, cuentan que tras la temprana muerte de su padre que fue militar, Clotario y su madre viuda –profesora normalista– llegaron hasta mendigarle a la adinerada familia Blest Gana que les ayudara económicamente. ¿De ahí surgió ese fuerte sentido de justicia y de lucha que nunca abandonó a uno de los más grandes dirigentes sindicales chilenos? Quizás...

Lo cierto es que después de cursar la enseñanza primaria en una escuela pública de Santiago poniente y hacer sus Humanidades en el Seminario Menor (donde entró becado por su parroquia) e incluso, tras sus fallida incursión como seminarista en Concepción, Clotario trabajó vendiendo aceite y como ayudante de una botica de barrio.

Por eso cuando, en 1922, logró entrar como encargado del aseo a la Tesorería General de la República y, por ende, ser un empleado fiscal, sintió que su vida sería otra. Y lo fue...

“De mi padre supe poco. No lo quise nunca...maltrataba a mi madre. No quiero hablar de eso. Yo era muy pequeño, pero me di cuenta. Con mi hermano mayor era cariñoso, pero no conmigo, él sabía que yo defendía a mi madre... como él era Blest y mi madre Riffo... Yo amé a mi madre por sobre todas las cosas”.

“Mi padre murió de un ataque cerebral cuando yo tenía siete años... debe haber tenido treinta y cinco. Pero basta, no lo toquemos”.

“Nunca visitamos a los parientes Blest Gana. No hablábamos de ellos. Sólo una vez, recuerdo, que mi madre me señaló uno de sus palacetes: “allí viven tus primos, me dijo, pero a nosotros nos miran en menos porque somos pobres, nos consideran de otra clase”.

Textos extraídos de las entrevistas realizadas por Mónica Echeverría a Clotario Blest para el libro "La Antihistoria de un luchador" (Lom Ediciones, 1993)

Plaza Italia a principios del siglo XX, antes que al centro de ella se colocara el monumento al General Baquedano.

“Mi madre (que era profesora normalista) recibía un sueldo miserable que no alcanzaba para nada. Cuando estaba desesperada, recurría a los prestamistas o las llamadas “agencias”, en las que empeñaba útiles o ropas a cambio de dinero. Nunca podré olvidar unos golpes muy fuertes en nuestra puerta, que indicaban la presencia de un cobrador impaciente por alguna cuenta atrasada. Esos cobradores fueron los “cucos” de mi niñez. ¡Cómo los odiaba!”

“Fui a la escuela pública. Un día el profesor reunió a todos los alumnos en el patio. –Que salga Clotario Blest– dijo. Cuando yo me presenté, me preguntó: ¿Por qué anda con los zapatos rotos? –Porque soy pobre, le contesté. Él me replicó: yo no acepto en esta escuela niños con zapatos rotos. Sáquese los zapatos y muéstrelos al resto de los alumnos. Todos los compañeros irrumpieron en una carcajada y me gritaron: “¡zapato roto! ¡zapato roto!”

El que habla “sin pelos en la lengua” es el mayor sindicalista chileno del siglo XX. La que escucha y graba es Mónica Echeverría (1920-), la profesora de Castellano que lo entrevistó innumerables veces para escribir su libro “Antihistoria de un luchador”, publicado en 1993, a tres años de la muerte del fundador de la ANEF.

“Mi hermano mayor, **Fernando**, era muy sensible, un poeta, pero quiso ser militar.

Un poeta militar ¡habrase visto! No pudo acostumbrarse...

Se drogaba, era morfinómano. Se suicidó a los veinticinco años en Punta Arenas. Se envenenó. Cuando agonizaba, llamó a un sacerdote. Mi hermano era un místico”.



“Siguiendo el ejemplo de mi madre, mi hermana **Leopoldina**, estudió para normalista y se tituló. Pero no ejerció nunca porque entró a monja en el Buen Pastor. Como la vida en el convento es muy rigurosa y dura, enfermó, según creo, de reumatismo al corazón. Murió a los 30 años, en el hospital San Vicente”.

Extractos de las entrevistas de Mónica Echeverría a Clotario Blest para el libro “Antihistoria de un luchador” (Lom Ediciones, 1993).



“La situación económica de los maestros primarios de esa época era pésima ya que para los efectos de fijación de sueldo eran los últimos en los escalafones de la administración pública. En esas condiciones, en 1915, se creó la primera Sociedad de Profesores. Los principales promotores de este movimiento gremial fueron: Víctor Troncoso, Isabel Kirman, Carmen Mandujano y Leopoldina Riffo, mi madre”.

Extracto de entrevista de Clotario Blest al diario El Siglo, 11/1/1958



L. Emilio Recabarren



Padre Fernando Vives



Pedro Aguirre Cerda



Monseñor Caro



Bernardo Leighton

En el Seminario Mayor donde se preparaba para ser sacerdote (vocación que no prosperó), Clotario tuvo como profesores al futuro Cardenal Caro y al padre Fernando Vives. Ambos lo marcaron a fuego en su ferviente aunque cuestionadora fe. De hecho, como contraparte a la vibrante Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC) de tendencia más oligárquica, en 1927 Blest creó, y fue el primer presidente, de la Unión de Centros de la Juventud Católica. Dirigida a los obreros interesados en participar a través de la Iglesia en los destinos del país, generó importantes reflexiones (y críticas también) en medio de la jerarquía religiosa. Estos jóvenes trabajadores buscaban desplazar al “Cristo rey” para empoderar al “Jesús obrero”.



Padre Hurtado



Eduardo Frei Montalva



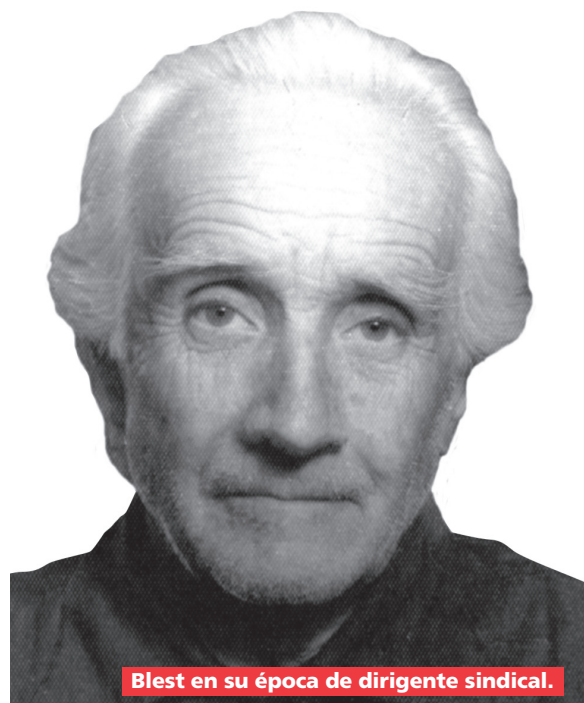
Cardenal S. Henríquez



Radomiro Tomic

En esos mismos años de juventud –aunque no entró a la Universidad porque debió trabajar– fue un asiduo e inquieto lector. En una de esas sencillas e informales tertulias intelectuales caseras donde según Blest se “cultivaban” los pobres, conoció a Luis Emilio Racabarren, quien por entonces (1912) ya había formado en Iquique el Partido Obrero Socialista. La claridad y fuerza del discurso del líder sindical penetraron hondo en su frenética búsqueda de justicia.

Asimismo, las carismáticas figuras de Pedro Aguirre Cerda, Eduardo Frei Montalva, Bernardo Leighton y Radomiro Tomic –aunque peleó mucho con los demócrata cristianos– marcaron también al líder sindicalista.



Blest en su época de dirigente sindical.

Fotografía de Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos.

Blest tuvo un corto pero profundo romance con María Teresa Ossandón Guzmán (1902-1987) joven de la oligarquía santiaguina que era –como él– profundamente devota. Se conocieron en las actividades religiosas juveniles y –a momentos de comprometerse– decidieron de común acuerdo dedicarse sus vidas al Evangelio. Ossandón ingresó al convento de las Carmelitas Descalzas y Blest se autoimpuso el celibato de por vida.

Dado que la ley no permitía que los funcionarios públicos fundaran sindicatos, Blest (empleado de la Tesorería General de la República) en 1938 ideó crear la Asociación Deportiva de Instituciones Públicas.

Esta fue la hábil antecesora de otra de sus grandes obras: la Asociación Nacional de

Empleados Públicos (ANEF) fundada en 1943 y vigente hasta nuestros días.

Durante 15 años seguidos, Clotario Blest dirigió los destinos de esta verdadera “mosca en el oído” para el Gobierno de turno. Por sobre sus propias tendencias políticas (además era bien reacio a los partidismos), la ANEF puso en jaque al presidente que fuera. Fue bajo su mandato que se creó el llamado Estatuto Administrativo de los Funcionarios Públicos (1944), el mismo que otorgó todo tipo de beneficios a los trabajadores del aparato del Estado, entre ellos la cuestionada inamovilidad.

“Yo podía actuar con independencia porque no le prendía vela a ningún partido político”, confesó al final de sus días el dirigente respecto de su paso por la ANEF.



“Nos hemos asociado para buscar nuestro perfeccionamiento económico, cultural y social.” “Nuestro movimiento es gremialista, no somos políticos; la justicia social y la confraternidad humana son las bases de la ANEF. Buscamos el perfeccionamiento moral de nuestros asociados, basados en principios de honradez, disciplina y sacrificio”.

Clotario Blest en el acto de creación de la ANEF, 1943.

“Mientras los más representativos organismos de larga tradición social se dividen por mezquinos intereses del momento, nuestra colectividad da ejemplo a los trabajadores manuales, empleados particulares y profesores, de lo que es capaz una institución que sabe guardar incólume su UNIDAD”.

Clotario Blest, criticando los intentos de los partidos políticos de acaparar a la ANEF, 1946.

“Durante los años de la Guerra Mundial se hicieron sentir algunas escaseces. Los sueldos de los empleados públicos apenas alcanzaban para “parar la olla”. La Bencina estaba restringida y muchos productos que importábamos escaseaban, pero los ricos continuaron con su mismo estándar de vida, sin tanto viaje al extranjero en grandes transatlánticos, ¿por supuesto!”.

Entrevista de Clotario Blest a radio Chilena, 1948.



“Existen más de 10 mil funcionarios que ganan menos del salario vital fijado para los empleados particulares de Santiago. De estos, más de un 90% son casados, con dos o tres hijos. Sobre estas bases de inmoralidad, porque es inmoral el patrón que hace cumplir una ley a los demás y no es capaz de cumplirla el mismo, sobre estas bases de hambre y miseria, no es posible realizar una reestructuración de la administración pública”.

Discurso de Clotario Blest con motivo del 6° aniversario de la ANEF, 1949.

26 veces estuvo preso Clotario Blest en su azarosa vida. La primera fue en la Cárcel Pública en 1954. Corría el segundo gobierno de Carlos Ibáñez (1952-1958) cuando en un encendido discurso el sindicalista se refirió al entonces presidente como “un traidor de la clase obrera y de la Nación”. ¿Corolario? La máxima autoridad lo mandó detener. Pero mucho antes de ello, Blest ya había dado muestras que le gustaba estar “donde las papas queman”.

Como joven activista de la Iglesia Católica, como representante de los empleados públicos, como presidente de los trabajadores de Chile y como opositor al Gobierno Militar, no le faltó ocasión para estar en la lucha. Una de esas fue la llamada “Revolución de la chaucha” en 1949 y la Toma de la Catedral en 1968.



Fotografía de Kena Lorenzini (1984) que capta el momento en que Blest esta rodeado de carabineros de fuerzas especiales.

1949: LA REVOLUCIÓN DE LA CHAUCHA

El radicalismo –entonces con el presidente González Videla (1946-1952) en el poder, estaba desgastado y desprestigiado. En ese contexto, desde La Moneda suben en 20 centavos (una chaucha) el boleto de la locomoción colectiva. Y se desató la “guerra”. La noche del 16 de agosto de 1949, los estudiantes –apoyados por obreros y empleados fiscales (entre ellos el propio Blest)– salieron a las calles.

Como consecuencia de la revuelta, fue madurando la idea de la futura Central Única de Trabajadores (CUT), bajó el precio de la locomoción y el Gobierno debió aminorar en algo los amplios poderes que le otorgaba la Ley de Defensa de la Democracia, también llamada “Ley Maldita”, la misma que en 1948 proscribió al Partido Comunista.

1968: LA TOMA DE LA CATEDRAL

“Por una iglesia junto al pueblo y su lucha”, decía el inmenso lienzo que amaneció colgado en los muros de la Catedral de Santiago la mañana del 11 de agosto de 1968. Adentro había 200 personas de la llamada “Iglesia joven” –entre ellos ocho sacerdotes– y muchos laicos jóvenes que simpatizaban con la llamada “Teología de la Liberación” por esos años en boga.

Entre la multitud que se tomó el principal templo del país, no podía faltar Clotario Blest con sus 69 años a cuestas. Al día siguiente todos los manifestantes fueron desalojados y al poco tiempo el grupo se disolvió. Sin embargo, su “gesta” fue simbólica en cuanto predecir y visibilizar los cambios sin retorno que se venían en la iglesia Universal, continental y chilena.

52 años recién cumplidos tenía Blest cuando, finalmente, en 1953 logra uno de sus viejos anhelos: unir a la clase trabajadora. ¿Cómo? A través de la creación de la mayor organización sindical de la historia de Chile: la Central Única de Trabajadores, CUT. En su declaración de principios se afirma:

“El régimen capitalista actual fundado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos y medios de producción y en la explotación del hombre por el hombre, que divide a la sociedad en clases antagónicas, explotados y explotadores, debe ser sustituido por un régimen económico social que liquide la propiedad privada hasta llegar a la sociedad sin clases, en la que se asegure al hombre y a la humanidad su pleno desarrollo”.



Carro lanza agua en la Alameda (1957).

“La CUT no es ni puede ser un partido político... De aquí que la CUT no obedece ni se somete a consignas o acuerdos determinados por estos partidos políticos que la integran; nuestros sindicatos y gremios no pueden actuar en ellos sino en función de los intereses sindicales y gremiales... Evidentemente que esto no significa que nuestros trabajadores deben despojarse o renunciar a sus ideologías o doctrinas políticas al incorporarse a la acción sindical o gremial...”.

Revista Anef N° 15, marzo-abril de 1957.



Presidente Ibáñez, Clotario Blest y Luis Figueroa, dirigente sindical comunista, en La Moneda

IBÁÑEZ Y BLEST ¿AMIGOS? ¿CÓMPLICES?

El 11 de julio de 1957, a cuatro días de iniciada una huelga nacional convocada por la central de trabajadores, desde La Moneda llamaron a la CUT. A continuación el diálogo entre Ibáñez y Blest:

- El paro demuestra que ustedes cuentan con el apoyo de la opinión pública; ¿qué quieren? Si desean el Gobierno, se los entrego, pero no a los partidos políticos, nos dijo Ibáñez.
- No, Presidente, no hemos venido a hacernos cargo del Gobierno, a usted le corresponde solucionar los problemas de la clase trabajadora. Le propongo nombrar comisiones con mayoría de la CUT, para que en un plazo máximo de un mes, elaboren proyectos que no necesiten pasar por el Congreso.
- Conforme –nos dijo Ibáñez– pero como ustedes han puesto todas las condiciones, yo voy a poner una sola: durante un mes no debe haber ninguna huelga para poder trabajar con tranquilidad.



Carabineros deteniendo a huelguistas (1957).

El acuerdo (según Blest) no prosperó. Algunos gremios que habrían sido impulsados desde el gobierno, mantuvieron la huelga y así violaron la condición de “tranquilidad” que había impuesto Ibáñez. Cuentan que semanas después en un acto en San Miguel, Blest fue abuchado por los asistentes. En 1961 “don Clota”, como le decían sus compañeros, deja la presidencia de la Central Única de Trabajadores. Cuando en 1988 se crea la Central Unitaria de Trabajadores, fue nombrado presidente honorario de esta nueva iniciativa sindical nacida en los albores del retorno a la democracia.



Manifestantes volcando un bus (1957).

Ya salido de las primeras ligas de la CUT y tras una depresión que lo tuvo un tiempo en la retaguardia, a Clotario Blest le simpatizó el proceso revolucionario cubano en marcha así como la causa del guerrillero argentino Ernesto "Che" Guevara. Veía en ellos grandes esperanzas. Tras una larga gira al sur de Chile –donde conoció personalmente a Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Edgardo Enríquez –históricos dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)– Blest llama a la ciudadanía a integrarse al movimiento nacido en 1965 al alero de la Universidad de Concepción. Es más: don Clotario formó parte del Comité Central del MIR hasta 1967 cuando los trabajadores sindicalistas fueron marginados y el movimiento puso fin a la heterogeneidad política de sus primeros años. Según le confesó muchos años después a Mónica Echeverría, para él los fundadores del MIR eran "muchachos íntegros, honrados y valientes, pero que andaban en las nubes, pues creían que en 24 horas cambiarían el mundo".

“Como lo demuestra la historia de Chile, la oligarquía va a defender a sangre y fuego sus posiciones económicas y políticas de clase.

No creemos además que la democracia se salva con una cataplasma tipo guatemalteco como lo acabamos de comprobar con el golpe militar dirigido por el imperialismo norteamericano o con una fórmula demócratacristiana o con programas izquierdizantes tímidos que se detienen ante la muralla China de la Constitución de 1925”.

Clotario Blest en entrevista en periódico "Revolución". Septiembre de 1963.



Blest y el Che Guevara.



“Aquí estamos todos los que nos hemos cabreado con la obligación de cada seis años entregar nuestro voto para terminar frustrados. Debemos entender los que somos la izquierda revolucionaria, marxistas, anarquistas y cristianos que sólo la transformación de las estructuras sociales y políticas, a base de la acción directa, permitirá la libertad y la desaparición de la explotación económica, que divide la sociedad entre ricos y pobres”.

Clotario Blest en un acto convocando a los chilenos a ingresar al MIR, 1966.



“Yo no creí nunca en la trampa del llamado “milagro económico”, pues toda esta bonanza era falsa y se debía a créditos de la banca internacional que a la larga tendríamos que pagar todos y con intereses. Traté de advertirles a la directiva de la ANEF. Pero era tanta la propaganda y las ansias de la mayoría de poseer lo que hasta entonces era inalcanzable, que los consejos de este viejo cayeron en el vacío. Ahora están desesperados”.

Entrevista a Mónica Echeverría, 1979.

¿Cómo cambió su vida después del Golpe Militar?, le preguntó Mónica Echeverría un día de 1978, mientras lo entrevistaba para su libro “Antihistoria de un luchador”, la mayor biografía de Clotario Blest escrita hasta la fecha. Sin que se le moviera un pelo, este le respondió: “Al día siguiente del golpe me hice una promesa: mientras durara esta tiranía no me cortaré más la barba. Los días domingo dejé de ir a misa, ocupé ese tiempo en visitar a los presos. Esos pobres hombres y mujeres que habían padecido la tortura y el fracaso de sus ideales... Los clandestinos sabían que fueran lo que fueran sus militancias, las puertas de mi casa permanecerían abiertas”. Y cumplió a cabalidad las dos promesas. Además, asistió a cuanto evento, marcha pacífica o mitín que hubo contra la Dictadura Militar. De hecho vio el retorno a la democracia.



“Él (Pinochet) tiene la típica personalidad del traidor rastreador. Para lograr sus propósitos no trepida en mentir. Vea usted como engañó a Frei, a Allende, a su compañero de armas, Carlos Prats, y ahora a este tenebroso colega (Gustavo Leigh). Con lo acontecido, Pinochet se ha vuelto el único dueño del país. Los otros tres miembros de la Junta, para no caer en desgracia, no se atreverán nunca a estar en desacuerdo con él”.

Entrevista a Mónica Echeverría, 1978.

“(Blest) Es un elemento disociador que atenta contra la unidad del movimiento sindical... En todo caso, él le hace el mejor de los favores al régimen imperante...”.

Rodolfo Seguel, presidente del comando Nacional de Trabajadores, refiriéndose a Clotario Blest, 1984.

“Posero, oportunista y teatrero. Para algunos sectores de trabajadores este señor no ofrece confianza porque es un ambicioso de liderazgo. Es más político que sindical...”.

Respuesta de Clotario Blest (entonces de 85 años) a Rodolfo Seguel, 1984.

Dicen sus biógrafos que sí Blest hubiera sido sacerdote, ¡de todas maneras hubiera sido franciscano! Desde muy niño la “Plegaria simple” y el “Cántico a las criaturas” de San Francisco de Asís (1181-1226), así como la sencillez del “poverello” lo cautivaron en demasía. Pero no fue sacerdote... A cambio la vida le deparó una fatigosa misión ligada a la defensa de los derechos de los trabajadores.

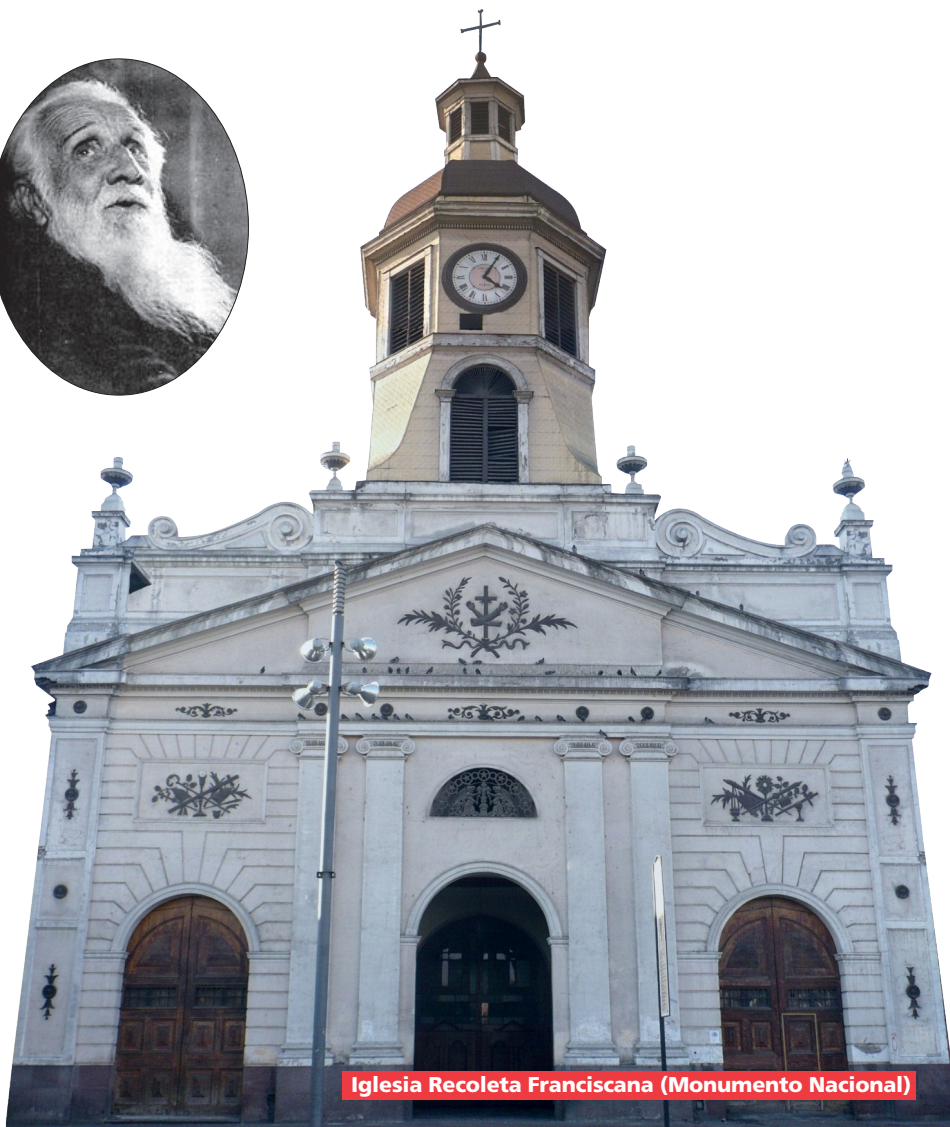
Sin embargo, ya en la vejez –algo alejado del quehacer contingente (durante los años de la Dictadura Militar el sindicalismo estaba prohibido)– ingresó a la Orden Terciaria Franciscana Seglar.

Esta, creada por el propio san Francisco en 1221, acogía a aquellos hombres y mujeres laicos que se sentían atraídos por el espíritu de la congregación pero que por diversos motivos no eran religiosos.

Pese a que en sus conventos solo podían vivir los franciscanos, Blest –en 1989– fue aceptado en la Recoleta Franciscana ubicada a pasos de la Vega Central. Allí –con la cabeza algo perdida– pasó los últimos años de su vida, igual que fray Andrecito, a quien tanto admiraba por su cercanía a los pobres. Apegado a un crucifijo, acompañado por un par de gatas regalonas y los “enfermeros franciscanos”, practicó hasta el final el ascetismo que le fue tan propio durante toda su existencia.

“La larga vida ejemplar y cristiana dedicada a los pobres de Clotario Blest bien merecía una excepción. Por lo demás recordé como años antes, otro superior de la orden, había hecho lo mismo con otra gran figura humana, Gabriela Mistral. Mi decisión estaba tomada: las puertas del convento se abrirían para cobijarlo. El día de su cumpleaños, sobre su tradicional mameluco azul, le puse el cordón que representaba su ingreso a nuestra orden terciaria”.

Juan de Dios Hernández,
Superior del convento de la
Recoleta Franciscana, 1989.



Iglesia Recoleta Franciscana (Monumento Nacional)

El 31 de mayo de 1990, finalmente Clotario Blest Rifo descansó en la paz del Señor rodeado de sus hermanos franciscanos. Toda la prensa nacional –sin distinciones ideológicas– recogió en sus portadas lo mejor de “don Clota”. Su funeral fue apoteósico. No por la parafernalia, ni porque a él asistiera desde el presidente Aylwin hasta los vagabundos que deambulan por la Vega Central, pasando por ministros de Estado, dirigentes sindicalistas, parlamentarios, embajadores y connotados empresarios, ni por la colorida despedida de las floristas. ¡Mucho más que eso! Fue grande y significativo porque miles de compatriotas anónimos aprovecharon para agradecerle tanto su infinita consecuencia y valentía como su tozudez y mal humor. Todas estas características fueron parte de la personalidad de este sindicalista que siempre creyó que el mundo podía ser mejor.

“Tenía una gran admiración por don Clotario que fue un hombre que dio testimonio. Él vivió sus principios y sacrificó oportunidades de una vida holgada, entregado a sus ideales de profunda formación cristiana”.

Presidente de la República, Patricio Aylwin

“Don Clotario fue una de las primeras personas que después del Golpe Militar nos amparó. Nuestras primeras conferencias de prensa, para dar a conocer nuestro drama, fueron en su casa de San Isidro”.

Sola Sierra, presidenta de la Agrupación de Detenidos-Desaparecidos.

“Rendimos un minuto de silencio en homenaje a este connotado sindicalista que nos deja como herencia la consecuencia en la defensa de los trabajadores”.

Declaración del Partido Comunista.

“Su muerte nos resulta muy dolorosa, no sólo porque él fuera un miembro fundador, sino porque, muchos de los cuadros de nuestra dirección son fruto de horas de diálogo en su casa”.

Declaración del MIR.

“Estuvo siempre con el pobre, con la víctima, llevó una vida de constante oposición y denuncia profética; es un verdadero profeta de los Derechos Humanos”.

Movimiento contra la tortura Sebastián Acevedo.

“Clotario, porque fuiste hambriento de verdad y justicia, ven a gozar de tu Señor. Clotario, porque nunca te vendiste, ven a gozar de tu Señor”.

Padre Mariano Puga en responso en el Cementerio General.

